# The Hoax

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

The Hoax (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Tengo en mi boca una narración que no descarta elementos fantásticos, en éste pachorriento primer día de febrero del 2018 en que las olas del mar dejan a sus aguas agonizando sobre las orillas de la playa, dándole la nimia potestad de humedecer por unos instantes las arenas (una empresa de cambios frecuentes e inútiles). Todo es impulsado por el anhelo de llegar algún lado, tocar al mundo del que alguna vez se oyó hablar, con asombro, deleite, y tal vez, el mitigado desarrollo de una pasión. El asunto era adentrarse en lo que nunca se haría eterno y se agotaba pronto. El cercado mundo fue lavado por las aguas: mis pies, los encogidos caracoles, y las imperiosas huellas que habían marcado escurridizos pies sobre la playa. Y no supe si esos eran juegos mecánicos del mar, o la potencia de la libertad que uno cree que es constantemente desparramada.  Pero esos anímicos ciclos me impelieron a descifrar grandes enigmas, a recogerme a pensar en lo insólito (aunque nada que me dejara sin aliento o me arrancara de mi zona de confort).

Descarto a cualquier idea que no se fundamente en la continuidad de los sucesos, es decir que no cuente una historia con lo intuitivo e irracional que ésta tenga (la narrativa popular descansa en este principio al que se le ha atribuye una cifra positiva, y quizás alguna virtud). Y afirmo que en el arte narrativo la mentira no se contradice con la verdad, sino que es su antecesora y su más magnífica fuente de información.

Con esta particular visión escribiré algunas peripecias de las que fui testigo, que nos arrojarían algunas pintorescas descripciones a la par que por unos minutos evitaran que nuestras existencias se empapen con tedios. Seré puntual al ponerme en contacto con algunos hechos que se relacionaron con los estados del alma, que con sus exageraciones intentaron dar a las cosas un semblante concreto.

Un cuento es como el espacio, para que exista tiene que haber movimiento en una dirección, que patentizar un viaje en el que nada retorna al mismo punto de partida; es una batalla por llegar a algún sitio indispensable, pese a no ser más que una patraña con verbos, nombres, y los refinados procedimientos que comprueban que nada se encuentra explícito.  Es la palabra que descansa en el papel para después instalarse en la mente de los lectores (siempre y cuando estos se vinculen a lo

concebible que hay en el universo); sólo deben mantener necesarias complicidades en tanto y en cuanto no se produzca una interrupción en la lógica de lo acaecido.

He de presentar un caso que no animará a los lectores a dejar de leer los periódicos, pero probablemente los obligará a desterrar creencias acerca de las inefables bondades del periodismo, que hasta el día de hoy selecciona cuáles son los objetos que deben ser inteligibles y están exentos de cualquier fantasía. Sin embargo, no siempre relacionó al presente con el pasado real, y en algunos casos fue ganado por el prejuicio y desarrolló temáticas que no fueron demarcadas como meras suposiciones, con el fin de generar reacciones de asombro propias de la literatura.

Aún en la modernidad tardía o reciente, el periodismo en algunas ocasiones se alejó de la verdad. Los diarios encauzaron polémicas como noticias que a menudo buscaron enaltecer a los anhelos, al suelo que pisamos, y llevar la imaginación del hombre a su cima dorada, teniendo en cuenta, claro está, la brevedad de su vida y qué para alargarla un poco es imprescindible agregarle algunos vértigos.

Soberbios editores efectuaron sesudas retiradas del pensamiento racional, para mimetizarse con las modas y las tendencias, y no conjugaron a las serias investigaciones que paradójicamente se desligan de los ribetes ficticios de un tema. Esparcieron zozobras generales que incluían trémulas ansias de alguna novedad.

Cada persona quiere vivir una vida en la que suenen las vibrantes trompetas que rompieron al ruinoso silencio de las murallas de Jericó, por lo que únicamente trascendentales epopeyas conseguirían entusiasmarla, siguiendo a un juego que tal vez sea fugaz, pero nunca se adhiere a lo monótono. Si no se sale del atavismo tradicional, no se dará un aspecto renovado a la época.

Un mito es aquello que coincide con las carencias fundamentales del entendimiento, y algunas noticias amplían esa mágica convergencia con opiniones sobre algo enmascarado o cuyas matemáticas resultan indescifrables. Dan a conocer lo que cesa de entrar en pugnas perpetuas con la razón, y no generaba angustias. Dan lugar a modelos imposibles, recuerdos prematuros, y mentiras que en la cortedad no resultan erróneas.

Muchas veces no trabajan con aplicaciones objetivas, sino con determinación de ejercitar apriorísticamente una innegable influencia sobre la sociedad. Sin dudas el periodismo fue un factor de poder que rebasó al Estado y sus aparatos, y creó cosas que no se podían observar de acuerdo al trabajoso espíritu de la ciencia. Postuló signos desmedidos que dieron pábulo a una vastedad de esperanzas; y a muchas mentiras

las trató con respeto, ya sea para proteger a antiquísimas creencias, o porque daban una sensación de invencibilidad frente a lo momentáneo.

Digo desde este dichoso rincón de la costa, que, en términos estrictamente filosóficos, las engañosas ficciones han antecedido a la perpleja realidad (y sobre el uso de esta fórmula no me demoraré demasiado). El hombre debe inventarse una identidad antes de caber en esta, puesto que el mundo sólo se trata del hondo éxito o el resbaladizo fracaso que alcanzó aquello que pensaba de sí mismo.

Pero lo que relataré desde la costa atlántica argentina, haciendo algunas vagas interpolaciones, realmente ocurrió, aunque no se trató de algo excelso capaz de quitar al aliento, ni una guía que permite salir de la sombrío para dirigirse a la claridad. Tampoco tuvo resonancia en otras latitudes… apenas fueron hechos rodeados con miradas curiosas, divergencias con lo temporal en las que tal vez no se practicó a los géneros de la maldad ni de la corrupción, sino sólo una alineación con aquello radical que genera una cándida confianza o una aislada categoría de consternación. El hombre necesita cualquier tipo de explicación para no perderse dentro de lo incomprensible, y que lo ponga como protagonista dentro de las imparables sucesiones de meollos.

Aquello fue parecido a la paradoja de un pájaro que cree volar sobre un estricto horizonte cuando en verdad lo hace sobre los ventosos tiempos, o del escritor que escribe para vencer a la soledad, pero lo que en verdad hace, es hundirse en esta.

Este breve trabajo literario no es una operación mediática, ni una producción que se agita en lo metafórico, apenas es una comunicación privada que tiene la aplacada virtud de separar en algún indetectable tramo a una época de la otra, y de estudiar la distribución del poder que fomentan los sueños.

Aquello no ocurrió aquí en éste retiro sureño y rústico del globo terráqueo, sino en el País del Norte, en Nevada. Más precisamente, en Las Vegas donde la imprevisión del azar es registrada en forma utilitaria por un importante número de casinos. Fue en un período lejano en el que se reveló una extraña sabiduría través de una presencia omnipotente que no fue degradada a causa de su inercia. El masivo público no contuvo la emoción de averiguar algo que se propagaba en el éter según módicas o abundantes posibilidades.

Si cerramos fuerte los ojos podemos toparnos con la oscuridad de una prisión, o ver al mundo. En esa oscuridad nos alentamos a fabricar a lo inmaterial y divino, y ya no nos gobernamos por la férrea razón, sino por el azaroso progreso de nuestras intuiciones. Olvidamos a los otros, descansamos de nuestras labores, y nos envolvemos con aquello increíble a lo que le damos el estatus de inaplazable. En nuestras mentes

reproducimos lo que habría pasado, y tal es la fuerza que tiene el pensamiento y la voluntad por saber, que pensamos en el sol, y es de mañana, en las estrellas, y anochece. Compartimos la suerte del planeta, y llegamos a la conclusión que las palabras también son leyes físicas. Reiteramos las imágenes captadas por nuestros sentidos en el plano interno, a sabiendas que no nada será posible a menos que nos despertemos, nos asemejemos a los demás, y utilicemos las palabras que conforman al compartido idioma. Recién cuando efectuemos esos ejercicios sistemáticos de humildad, venceremos a las geometrías obstructivas de nuestros laberintos y llegaremos a las calles sin el riesgo de a colisionar.

Al desperezarme bajo este duplicado horizonte, escuché al rumor del mar, y dejé de recurrir a los cientos de espejismos que se corrieron salvajes de mí mente. Grité:

- "¡Los contrastes no son distorsiones y los que viajan no huyen!". Este reconocimiento me brindó un alivio.

En este día de enero, el cielo y el mar son como cristales que amplían los reflejos de mi mente, que en no pocas ocasiones ha ensartado cuestiones prosaicas con alegorías de lo metafísico, con la arrogancia de entender al real diseño del mundo.  Ahora me es fácil referir a lo que pasó, obviando la escisión que de a ratos traban mi memoria, que se enceguece ante los colores del pasado y se ensordece pese a sus estruendos.

El viento que se arrastra por el océano no me acaricia ni me daña, pero esparce sobre mi rostro una sal que se asemeja a la ansiedad. Por lo que digo, que cuando al fin me investí de algún saber, también asumí la responsabilidad de hacerme oír. Heme aquí dispuesto a enhebrar su solución racional a un desconocido enigma del siglo pasado.

## II

Recuerdo a Jasón Maguier, un viajero americano que por algunos años hizo pie en éste país; lo evoco con sus retóricas circulares, sus bendiciones a las sombras cristalinas, su arduo amor por Cuba, y varios episodios un tanto lunáticos. Lo veo siguiendo una progresión ordenada desde el pasado al presente (lo que en verdad se trata de una pesquisa).

No fue un hombre poderoso, ni impuso con fatigas a sus devociones, sólo pretendió llenar a su corazón con alegrías y no flaquear en su curiosidad. A muchos asuntos los invocaba con el mero gusto de revivirlos; era (como lo son todos) el epicentro de aquello que observaba, y entraba en crisis que por afuera parecían conmovedoras, pero escondían a su temperamento de alarmante vanidad. Decía haber construido casas fabulosas de las que aún oía al estruendo de las maquinas mezcladoras de cemento, y al parloteo de los albañiles. Me mostró mapas, planos, fotos,

que poseían indiscutibles colores locales, no sabía cómo superar algo que lo sumía en la iracundia.

Era egoísta, pero lo iluminaba su intensidad. Vislumbraba al mundo con emocionado detenimiento, sin perder al cabal conocimiento de los diferentes entornos ni desligarse de las cronologías. Era un inspirado narrador, que a la par tramaba rebeliones y rarezas.

Participaba activamente en algunos de nuestros proyectos en los que a veces se mostraba cerrado y equivoco (había jurado que respetaría nuestro decálogo con sinceridad, pero sólo por milagro su apostasía no se puso en evidencia). Y no paraba de ensayar algo inverosímil que día a día se traspapelaba de los calendarios.

Ese norteamericano examinaba a aquello que lo rodeaba como si fuera uno de los escasos testigos confiables que quedaban, y no un sujeto que blasfemaba regularmente, y que en ocasiones sufría desiguales molestias que lo encallaban en los asientos de los hostales rumiando sus desencantos. Decidía que sólo atravesando a la realidad se accedería a los ensueños, y se dejaba llevar por las improvisadas armonías brindadas por la música de jazz. Jactancioso o ensombrecido, frente a mí se pronunciaba acerca de secretas memorias, y a sus desprecios los mezclaba con indefendibles ironías.  Lo demás poseía tan poca profundidad que le hacía reforzar sus diatribas quejosas; con anatemas decidían que todo se había desvirtuado, y repetía catastróficos discursos.

Una vez, me contó que había dejado a su verdadero rostro en el espejo de algún sitio, por lo que ya no podía leer sus rasgos ni develar quien era en el cuarto del baño. Los actuales espejos eran ruinosos cristales que le señalaban una variedad de aspectos inútiles, o chorreaban en sus superficies a los suaves insultos con que se dirigían a su persona.  No creía en lo que veía, en cómo se habían descascarado los corredores de su cara, y sus pelos dejaban de tornarse cenicientos para desaparecer con velocidad. Esas imágenes invertidas eran considerables ultrajes para quien había creído que escaparía a las amputaciones de los tiempos.

De las insospechables certezas antiguas no le quedaba nada, y ni siquiera eran seguros los aleteos de las aves, ni los senderos en los que en los anocheceres solían ser caminados; aquello que había tenido características estables podría desvanecerse de un día a otro. La realidad se desdibujaba y lo que había sido interminablemente agradable se volvía tosco y chato. ¡Cómo cambiaba el cuerpo del hombre por el sólo hecho de respirar al aire que lo vivificaba! Caminar era tropezar con piedras, dormir se constituía en una inerte postura que enseñaba a morir, y el amor equivalía a una ilusión inútil.

Para Jasón, vivir era aceptar ser traicionado por el tiempo, y aunque ese tipo de pensar no registraba optimismo, daba rienda suelta a

su indignación con fluidez. El presente había pasado a ser la irreconciliable contracción de su pasado, y el futuro se angostaría aún más.

Debo decir que erigí algunas dudas acerca de la integridad de Jasón, que no las voy a narrar aquí con exactitud, ya que así correría el riesgo de disgregarme del centro del relato. Sólo señalaré que el agitado estado de su espíritu lo obligaba a no trabajar con empeño… temía deshilvanarse de sus épicas, y después ser arrasado por pastosas pesadillas.

¿Qué le podía decir a Jasón? ¿Qué cometía un error fatal al apropiarse de algo que no le pertenecía? ¿Qué al perpetrar pequeños malos actos, uno consigue que los otros se excedan en sus difamaciones? Esas hubieran sido palabras callejeras que no le administrarían ningún cuidado. Básteme agregar que fui hasta el bar en el que ese viajero ayudaba, y hablé con la gerente, Clarisa Ballis, que me dijo que estaba todo bien, aunque me aclaró que Jasón no era un santo ni un asceta. No manifestó preocupación por lo esporádico con que se presentaba, ni por su tendencia a denigrar aquello que veía.

Clarisa tomó distancia de ásperas historias; sospeché que no se quiso ir de lengua, y su aclaración suplió con diplomacia a lo que representaba Jasón. Pero no, en apariencia los litigios y deshonras que atribuí a ese norteamericano se reducían a un despreciable censo hecho por mi imaginación. Resolví que lo mejor era preservar la mediocridad de los hechos, y no ensimismarme en sus exaltados heroísmos ni nítidos horrores. Desde entonces dejé de distinguir dos Jasón (el buen compañero y al amigo de lo ajeno) para integrarlos en una sola persona que se quejaba sentenciosamente por las continuas molestias, un aventurero y un insurrecto que no hacía nada de lo que previamente había planificado.

Bien, dejando de lado esto, una de las saludables cualidades de Jasón era la de convocar a sus amigos de alejados páramos a Buenos Aires. Ellos eran la demostración cabal que las actividades de Jasón no sólo eran contestatarias, sino gregarias en extremo. Le tenían una inquebrantable fe, y llegaban ociosos, displicentes, evidenciando algunas fatigas que fondean al cuerpo después de un largo viaje. Llegaban de partes inhóspitas del mundo con sonrisas victoriosas, y un enconado fervor por redefinir lo que tenían al alcance de las manos.

Los visitantes daban felicitaciones generales por la hermosura del país, y derramaban sobre mis atentos oídos de escritor a sus anécdotas, y a extractos de cómo se habían enredado con sorpresivas fortunas o indiferentes pobrezas. A lo que al inicio parecían indemostrables actividades, lentamente lo perfeccionaban con sus razonamientos.

Gracias a Jasón conocí a Arthur Polonsky, un disciplinado crupier de un casino de Las Vegas, y su insustituible amigo de la infancia. De él, o de sus prodigiosas escenificaciones y del coraje que ponía al hablar, extraje esta historia que algunos considerarán que excede la cordura, y otros que se trata de una contingencia que probablemente no fue maligna, y que habla del maravilloso despotismo de la imaginación… que ansía adquirir poder sobre las circunstancias reales.

Arthur era un hombre cuyas líneas faciales eran las mismas que las de su niñez (según Jasón me aseguró), a lo sumo tenía hinchados bolsones debajo de los ojos, que con los lentes lograba disimular. Decía que siempre iba al grano sin admitir postergaciones; también creía que algunos delirios eran condiciones necesarias para respirar, y que la ausencia de estos levantaría a lo temible e inmenso que aplastaría sin cavilar a la pequeñez del hombre. Los mitos apuntaban a la elevación de la humanidad, ya que daban múltiples indicios de que esta alguna vez ocurriría.

Lo vi a Arthur subir escaleras, y aterrizar con pies serenos en el primer piso de una confitería, donde pidió café, se tentó con algunas masitas, y me confesó que ni un viaje largo ni las guerras, disminuían su apetito. Era un tipo que daba sólidos consejos, como el que sólo había un mundo verdadero y lo demás eran cuentos chinos. Nunca se quedaba en un medio-decir, lo que era un notable contraste con Jasón (que convertía a algo inverosímil en la justificación de una rabieta).

Era tal su grado de amistad con este que se abstenía en contradecirlo; únicamente decía que respetaba sus opiniones y celebraba a las diferencias que tenían, o más bien si éste guardaba, según él, alguna opinión negativa, la ignoraba cortésmente. Como cualquier buena relación, esta se oxigenaba más con el silencio que con las barbaridades que ocasionalmente se dicen. Venían de sustratos familiares diferentes ya que Polonsky era judío, y Jasón juntaba las cartas credenciales de un mormón. De niños jugaban con indomables entusiasmos, y lo mismo hicieron de adultos al visitar países exóticos, y parques nacionales fronteras adentro de los Estados Unidos. Dejaban sus familias y se dirigían a donde se les antojaba (lamentaron que todavía no habían llegado a la luna).

Por cierto, no me extenderé por los vericuetos de las expediciones que hicieron durante sus años de juventud (lo que variaría al carácter del relato), y pondré el foco en la historia que nos contó Arthur de su padre. Este concibió más que a una revolución, a una creativa idea con el propósito de ampliar las fronteras del imaginario social. Esa mentira no fragmentó a la realidad, pero tuvo éxito al movilizar voluntades poderosas. El visitante nos juró que el fluida furor de Aarón Polonsky, fue reflejar al mundo con sus valores y espejismos, y que utilizó una estrategia certera para dar una trascendental interpretación a esos

insulsos tiempos. Casi fue un acto de compasión frente a las metódicas crueldades de cada día.  Su propuesta se ligó a una fantasía que se hizo universal, y a dar unidad a un conjunto de apreciaciones que si se las tomaba por separado podían considerarse incomodas, mezquinas, o que estaban más allá de las habituales categorías del pensamiento.

Aarón tenía un diario en Las Vegas cuyo nombre era el animoso "La Estrella del Medio Oeste", en el que mezclaba comunicaciones oficiosas con alguna que otra teoría personal que no estaría muy bien documentada.  Estamos hablando de una época en que la prensa cumplía con la exaltación de crear con perseverancia a la opinión pública. Y sus ubicuas modalidades unían a la gente del país pese a sus grandes dislocamientos geográficos.

Estamos hablando de Norteamérica en la segunda mitad del siglo XX, cuando todo se dimensionaba dentro de la tensión de la guerra fría, y del crudo espacio podía brotar un hongo atómico que en tres segundos arrasaría a lo que se construyó durante siglos. Había enormes fronteras con ejércitos dispuestos a luchar, y el hombre común no tenía por qué ser ganado por esa contracción ni por el desánimo.

Arthur nos explicó que bastaba para que lo inconcebible se hacía realidad a un nutrido consenso. Este era la prueba definitiva de la calidad y coherencia de una noticia, o al menos era suficiente para que lo abstracto y bastante confuso contara con una aprobación.

"Toda generación de hombres anhela ser engañada… creer en lo simbólico o mitológico, porque eso es lo único idóneo de completar a sus pensamientos, y alejarlo del vacío existencial", dijo Arthur mientras bebía al vino que amplió con temeridad a su voz.

Durante esa noche cálida del mes de abril se predispuso a abrir su corazón, por lo que bendijo al vino diciendo que era lo que quedaba del sol que ya se había esfumado. Agregó:

- “El engaño es una confiable manera de relacionarse con el porvenir ya que brinda las más favorables perspectivas”.  Ese fue el momento imperial en el que Arthur nos haría el aparente obsequio de desentrañar a lo misterioso y gregario que habita en el corazón del hombre:

Aarón Polonsky había tenido el afán de difundir a trazos invisibles como si fueran límpidos acontecimientos. Del espacio sideral obtuvo una fórmula más persuasiva que la mejor publicidad.

## IV

Comíamos siete u ocho en un restaurante que también era un club social, y en el que reverberaban los gritos de los niños que jugaban en las

adyacentes canchas de papi fútbol. Estos se entretenían con candentes y gloriosos goles, que en verdad nos resultaban molestos. No compartíamos esa lucha espacial por una pelota, por el contrario, nuestros impulsos estaban encaminados, una vez más, en comprender al mundo y ver a sus correspondencias y desemejanzas.

Observábamos con alegría algunos colapsos en la historia, a los que complementábamos con la enunciación de enfoques particulares para así llenar a esos momentos de ocio con emociones trascendentes. Hablábamos con felicidad del fin de la guerra fría que de un día a otro había quedado inexplicada. En esa mesa ubicábamos a nuestras causas en el acto específico de recordar, y desatábamos la fuerza del entendimiento mientras bebíamos y comíamos con ruidosa satisfacción. Sentíamos que habíamos sostenido contactos personales con la historia, o al menos eso era lo que admitíamos con aires negligentes.

Aarón Polonsky había decidido hacer una inextricable contribución a las noticias que la "Estrella del Medio Oeste" difundía con obvias parsimonias racionales. Lo hizo durante un oscuro día de septiembre del 53 en el que no halló noticias dramáticas que enaltecieran a esa edición. Se trató de un resuelto párrafo que anexó en la sección “Sociedad”.

Había confiado a su hijo que su más grande satisfacción era agrandar las noticias de los pequeños acontecimientos locales. Entendía que, así como un sólo hombre con su mujer habían fundado, un pequeño poblado concentraba a la humanidad. Aarón tenía sus músculos comerciales flexionados en lo que era moda en ese tiempo, en el que se temía la aparición de pavorosas fuerzas históricas. La gente seguía subsumida en las campañas propagandísticas de la segunda guerra mundial, y la idea era crear otro acto amenazante que no tuviera mucho sentido, pero dejaría indelebles marcas y expectativas, o bien alteraría al ritmo con que circulaba la sangre.

Aarón Polonsky hizo uso de invenciones audaces con el propósito de despabilar a la gente: En un artículo cuyas grises tintas parecían forradas en acero, dio detalladas cuentas del avistamiento de platos voladores en las cercanías de un meridional poblado de Nevada. Ahí, las vicisitudes de sus habitantes se habrían conformado de acuerdo a los hasta entonces inviables movimientos del universo. Lo que se vio en el cielo fue excepcional, y se organizó con unilaterales descargas de energía de platinados entes, que habían sido reguladas de acuerdo a alternancias misteriosas.

Resultó algo desconcertante esa apertura en los cielos de naves cuyos seres acompañarían con diplomacias fantasmales al hombre, o lo rechazarían con la intención de invadirlo.

Arthur saboreó el vino que halló delicioso, un manjar líquido producto de una de las mejores bodegas de Mendoza; no colgó en su rostro a signos de abatimiento, sino que se dispuso a que su revelación fluyera con mayor vitalidad. ¡Ya no insinuaría más nada, sino que desenterrará a la antigua realidad para que esta después fuera olvidada por sus ávidos oyentes!

-"Mi padre había lanzado esa mentirosa propuesta con el interés de incrementar las ventas de su periódico".

Hasta ahí la confección del discurso de Arthur fue precisa, y no se vio que otras dificultades entrarían en juego. Aquello no se había tratado de una intimidación de extraterrestres, sino del atónito artículo que apareció en un periódico local. Pero Arthur sintió que debía rellenar ese hueco y que sería una extraña omisión si suspendiera el recorrido que había iniciado. Con el vino bien asentado en su sangre, sintió la amistad de la noche y de aquellos que estábamos congregados. Y no se turbó por la repentina fama que le acarreó aquel hecho.

-"Por días, semanas y meses, la redacción del diario "La Estrella del Medio Oeste" recibió miles de cartas de personas que aseguraban haber visto a ese mismo fenómeno y estaban dispuestas a testimoniar en público. Subordinados a las serias exigencias morales del periódico, miles de hombres estaban resueltos a confirmar la veracidad de ese avistamiento en forma matemática. "

Arthur bebió el resto de vino que había en su copa, y para evitar que se examinara con un siniestro detenimiento a aquello que dijo, varió su conversación a tautologías cotidianas, a cuestiones que gozaban del crédito de lo común. Esa historia sólo se atenía a los vibrantes ecos de su voz que la sostuvieron por unos minutos de dispersa amabilidad. Ahora nos correspondía a nosotros desconocerla o tratarla como lo que fue, es decir, un cataléptico milagro.

Fin